

---

RELATO 3  
LOS CIEGOS Y EL ELEFANTE

*Daisy López Pérez\**

*Muchas veces a lo largo de un mismo día,  
me doy cuenta de que mi propia vida  
y sus logros se han construido  
gracias al trabajo de las personas que me rodean.  
También comprendo con cuánta seriedad  
debo esforzarme para darles en correspondencia,  
tanto como he recibido.*

ALBERT EINSTEIN

Conocer la vida de una persona es como sumergirse en el fondo del mar y saber que, mientras nos hundimos, escucharemos algunos sonidos que provocarán sensaciones en cada uno de nosotros; encontraremos infinidad de historias, experiencias disfrazadas como

---

\* Profesora de Español en EST. Maestría en Educación Básica, UPN/DGEST.

peces de diferentes colores, algunos más bellos que otros, unos más con destellos de felicidad y otros, tal vez los más oscuros, serán recuerdos dolorosos que quizá no querremos recordar, pero nos invadirán. Algunas veces veremos pasar caballitos o estrellas de mar como muestras de esperanza, algas que nos acarician dando aliento, pero seguiremos inmersos en el agua cristalina, pues la vida misma es tan linda, profunda e inmensa como el océano.

Hace muchos años mi abuela materna decidió proteger a mi madre, así que cuando ella tuvo catorce años la comprometió con mi padre; él ya tenía veintiocho años. Creo que fue una forma de demostrar su amor hacia ella, no había o quizá no sabía cuál sería la manera correcta de cuidarla; después de la boda, mi abuela murió. Ese fue el inicio de mi familia en una comunidad del estado de Oaxaca. Mi madre había estudiado sólo hasta el tercer grado de primaria, mi padre había concluido su educación secundaria y, como en muchas historias, para buscar una mejor vida, viajó a la Ciudad de México. Él trabajaba como policía auxiliar. Tiempo después llegó mi madre. Se instalaron en el Estado de México, con mucha dedicación y trabajo compraron un terreno. Mi madre buscó trabajo limpiando casas, o bien, lavando ropa ajena. Algunas veces me contaba cómo mi hermano mayor me llevaba en brazos cuando era bebé, para que ella pudiera amamantarme en el lugar donde trabajaba. Fueron tiempos difíciles para todos, pero en la medida de lo posible siempre nos procuraron. Posteriormente, mi padre solicitó trabajo en la central de abasto y desde entonces ha sido peón de limpia. Todos los días despierta muy temprano para barrer el tramo que le corresponde, así ha podido cuidar el medio ambiente, limpiar la ciudad y llevar sustento a mi hogar.

No puedo quejarme, mi padre siempre nos enseñó a trabajar duro por lo que uno desea, así que cuando vi que mi hermana mayor tenía el libro de *Español. Lecturas*, yo intentaba decodificar el significado de esas palabras. Así empezó mi gusto por las letras. Mi padre, al darse cuenta, tuvo a bien considerar la opción de que iniciara mis estudios, creyendo en todo momento en mí; hasta donde

él pudo me acompañó en mis tareas, explicándome o ayudándome a resolver sumas, multiplicaciones y divisiones. Algunas veces papá decía: “Cuando crezcas, tú serás profesora”, algunas veces yo reía, no sabía si él podía conocer el futuro, o si tenía grandes expectativas sobre lo que yo podría lograr. A partir de ese momento hicimos un intercambio: él me otorgaba tiempo en silencio mientras yo le daba calificaciones.

En 1994 conocí a mi maestro de cuarto grado. Era muy sencillo trabajar con él, le tenía mucha confianza. Él también creía en mí y me escuchaba cuando tenía dudas sobre la escuela y el mundo. A veces bromeaba para hacerme reír. En ocasiones ya no era necesario que nos enseñara canciones, pero lo hacía para que cantáramos antes de salir del salón. Eso me daba risa porque nos sonrojaba a todos. Un día durante la clase él me preguntó: “¿Qué vas a ser cuando seas grande?” Respondí: “Quiero ser maestra, quiero ser como usted”. Desde entonces supe cuál era mi lugar, o mejor dicho, cómo quería ser en un futuro. Algunas veces discutí con él porque no me gustaban los deportes, ni mucho menos que me pusiera en algún bailable que tuviera que ver con la danza folclórica. Nunca he sabido qué vio en mí ese profesor para que me diera ánimo, nunca le he preguntado. Puede ser que se percatara de lo rica que era en hermanos, pues cuando salíamos de la escuela éramos una pandilla de cinco niños regresando a casa; algunas veces levantaba mi rostro y veía a los más altos, otras veces veía bajo mi hombro y allí estaban mis dos hermanos más pequeños; dos más estaban en secundaria, así que en ese sentido nunca fui pobre.

Al iniciar mi educación secundaria, enfrenté cambios no sólo por la adolescencia, sino también por la forma de pensar de mi familia. Podía percatarme de lo difícil que se volvía vivir en un matrimonio “arreglado”, los actos y las consecuencias que esto traía, la situación económica, el pensamiento machista de mis hermanos, pues decían (refiriéndose a las mujeres): “para qué estudian si van a terminar casadas”; tenía familia pero al mismo tiempo pensaba que no la tenía. La escuela se volvió un refugio, insuficiente a veces, por-

que en cada día se agotaba mi ánimo por aprender. En su momento recurrí a dos maestras que creían en mí; conseguí una beca para continuar con mis estudios. Ellas hablaban conmigo, estaban allí para animarme a que enfrentara las situaciones que venían; cada día que pasaba mis ojos desbordaban ríos largos que corrían queriendo unirse al mar.

La preparatoria fue un lugar de provecho, tuve amistades muy buenas que me ayudaban a continuar, a sacar adelante los trabajos, pero la situación familiar siguió pesando sobre mí. En un intento por mejorar mi vida, me embaracé, por lo que pedí mi baja definitiva de la institución. El orientador de la escuela me solicitó firmar sólo mi baja temporal, pues en caso de recapacitar podría regresar a terminar los dos semestres que me faltaban. Al inicio del siguiente ciclo escolar, después de haber dado a luz a una niña, decidí regresar a terminar mi preparatoria, con la creencia de que si en un futuro mi hija se llegaba a encontrar en la misma situación, vería que su madre había hecho el intento por seguir adelante. Es ella, mi hija, quien me da la oportunidad de ver el mundo desde otra perspectiva, pues a partir de ese momento me encontré con nuevas responsabilidades como madre, ama de casa y estudiante. Paradójicamente, mi promedio subió y volví a retomar el curso que en algún momento había perdido.

La Escuela Normal Superior de México apareció en momentos muy decisivos para mi existencia. La primera vez que intenté ingresar a sus filas fue con la intención de estudiar Psicología Educativa, sólo había veinte lugares. No me quedé. Me sentí mal, frustrada, porque estaba segura de que podría ser una excelente psicóloga. Después de esto no sabía hacia dónde iría, qué sería de mí o cuál sería el camino a seguir. Desistí de la idea de estudiar psicología, nunca más lo volví a intentar.

La segunda vez fue en un momento difícil para mí, la separación del padre de mi hija era reciente. En ese momento una amiga tuvo a bien visitarme y entregarme la convocatoria para ingresar a la licenciatura. Cuando tuve en mis manos esa hoja, pude observar la fecha

de registro correspondiente a la letra de mi apellido, y al lado una fecha que indicaba el día siguiente. Confundida por tantas ideas, me di a la tarea de conseguir todos los documentos, pensaba en el futuro de mi hija si no estudiaba, en mi ausencia con ella como madre, asimismo especulaba sobre nuestras posibles carencias durante los cuatro años de la carrera. Por el contrario, si me dedicaba a trabajar quizá tendría una estabilidad económica incierta, por la cantidad y por el tiempo, no tendría la seguridad de obtener un empleo fijo. Tener muchas ideas en mente a veces nubla nuestra visión sobre la realidad y no nos permite ver claramente soluciones o alternativas.

Aún confundida emprendí el viaje al día siguiente. Dos horas de distancia. Al llegar, la persona encargada del proceso de registro me preguntó: “¿Para qué especialidad?” No supe qué responder, ¡ya lo había intentado para psicología! Entonces recordé a cada uno de mis maestros de secundaria; enseguida descarté matemáticas; sin embargo, me gustaba geografía, historia, biología. Pensé: “¿Con qué materia tienes menos problemas?” Evoqué mi primer diez en español cuando inicié la secundaria. Después pensé en mi maestro Antonio, el de tercer grado; mis trabajos siempre tenían diez, mi libreta era muy bonita. Alguna vez nos pidió escribir un cuento. Lo entregué. Él me devolvió en un sobre blanco una cédula de inscripción a un concurso; también estaba mi cuento y un seudónimo que me había obsequiado. Yo sonreí muy asombrada por lo que veía. Mi trabajo no ganó, sin embargo, había obtenido un premio más grande: la confianza de alguien en mí; el maestro Antonio reconocía mi trabajo. Cuando me volví a preguntar para qué especialidad presentaría el examen de ingreso a la ENSM, me respondí: español. Esa fue mi respuesta. Fui aceptada, me sentí afortunada, feliz, había encontrado mi lugar. A partir de entonces inicié un sendero complicado por diferentes situaciones personales o académicas; no fue sencillo, a veces tuve la intención de dejar las cosas, de animarme a ser una más en la sociedad. Cada vez que estaba a punto de caer encontraba a personas que confiaban en mí, reconocían mi trabajo, algo bueno en mí, o bien, algún logro obtenido en mis materias.

Durante las prácticas en las diferentes escuelas secundarias del Distrito Federal me percaté de diversas situaciones a las que se enfrentaban los estudiantes, independientemente del contexto. Quedé envuelta en muchos cuestionamientos respecto de su conducta, su desempeño y del interés (poco o mucho) que ellos tenían por aprender. Algo en ellos me parecía familiar.

Egresé de la Escuela Normal Superior de México en el 2007, con la ilusión de haber dado un primer paso hacia mi superación; tenía en mi rostro una sonrisa, la seguridad de haber encontrado mi lugar en la tierra al frente del aula impartiendo clases. La intención de devolver un poco de lo mucho que había obtenido en mi estancia en la secundaria, me animaba a seguir adelante creyendo en el trabajo de mis maestros, a quienes apreciaba y se agregaban a mi lista de gente importante bajo la categoría: “quienes creen en mí”. Algo bueno debía existir en mí, aunque no sabía qué era.

Al dejar la ENSM tuve la opción para decidir trabajar en secundarias diurnas o técnicas. Elegí integrarme a la enseñanza mediante la Dirección General de Escuelas Secundarias Técnicas. A un mes de haber egresado fui enviada a una Escuela Secundaria Técnica ubicada en la delegación Álvaro Obregón. Mi estancia ahí fue de cuatro años; a unos meses de cumplir cinco años de trabajo, conseguí una permuta y pude acercarme a mi domicilio.

Cuando alguien escucha la última estrofa del himno de nuestra institución, la DGEST, puede sorprenderle cuando cantamos: “Por la superación de México, México, México” (con el brazo levantado y el puño cerrado). Uno puede pensar que la forma solemne de entonarlo nos muestra la unidad de nuestros ideales y de la forma de trabajo; sin embargo, no refleja la realidad.

Durante mis cinco años de servicio en estos planteles, he podido encontrar una serie de dificultades que enfrentan los adolescentes. Es difícil creer que cada Escuela Secundaria Técnica que pisamos difiere no sólo en el contexto, sino en la educación traída del seno materno y la impartida en la escuela. Todo lo anterior nos deja en el aula una encrucijada ante estudiantes, sueños o metas perseguidas,

así como las preocupaciones, intereses o problemáticas presentadas por cada uno de ellos, pues varían. Lo curioso es la aparición de características que los unifican como jóvenes de una misma generación, ya sea música, baile, héroes, estereotipos.

Todo lo que florece de un árbol tiene un inicio, cuando viajamos a la semilla, no sólo conocemos, comprendemos qué elementos ayudaron en su desarrollo. De esta forma es sencillo apreciar el resultado, la flor de ese árbol y posteriormente, el fruto, resultado de la mezcla de un conjunto de elementos.

El tema que deseo abordar se gesta en diversas situaciones transcurridas a lo largo de mi vida. Ha sido un proceso en el que afortunadamente he encontrado apoyo por parte de algunos profesores en mi trayecto escolar. La confianza depositada en mí, el reconocimiento que obtuve de su parte logró darme fuerza y ánimo para continuar enfrentando los acontecimientos encontrados a mi paso. No fue fácil. A la edad en la que una transita por la educación secundaria, no comprendemos situaciones que pueden marcarnos para toda la vida. A veces somos ajenos a problemas familiares, pero como si fuera un hoyo negro quedamos inmersos en ellos, sin poder salir; los cambios traídos por la adolescencia agregan un toque mágico de confusión. Si uno no encuentra una mirada de otro, continúa su andar como si vagara en un universo extraño, va a tientas tocando al elefante, la piel, su textura, las partes de su cuerpo, sin reconocer qué es, como si caminara entre otros y nunca encontrara un igual. El detonante para darnos vida, para hacernos existir, para recordarnos que vivimos es, sin duda, cuando alguien pone sus ojos en nosotros, nuestra mirada se refleja en otra mirada. En ese momento existimos para alguien, dejamos de ser invisibles, empezamos a crear un propósito, un camino para seguir adelante, vamos encontrando sentido a nuestra vida.

Durante mi niñez, en cuarto grado de primaria, obtuve la mirada del maestro Antonio. A pesar de las carencias que tuve durante mi infancia, no necesité nada más que su reconocimiento. Saber en ese momento que me tomaba en cuenta y apreciaba mi trabajo me

animaba a seguir adelante, a trabajar, a mejorar el don que en algún momento la vida me había otorgado: el ansia por aprender. En la secundaria, cuando el maestro Antonio se interesó por mi cuento y lo envió a concurso, fue la mejor muestra que pude haber tenido respecto de mi trabajo (de otra forma no hubiera pensado que algo, en particular la redacción, estaba bien).

Cuando me separé del padre de mi hija tuve miedo, no sabía cómo definiría el camino a seguir, quizá mi inconsciente tenía más miedo al campo laboral, ¿podría ser sencillo? El camino más complicado sería la licenciatura; pese a todo sabía que era el espacio que siempre había dominado, un sendero más conocido: la escuela.

Consciente o inconscientemente, he buscado el reconocimiento en la mirada de otros: para sobrevivir, para encontrar sentido a mi existencia, porque no encontré a alguien cercano en el seno familiar que lo hiciera; fue una forma de seguir adelante, un paliativo. Desde donde me encuentro actualmente, he podido percatarme de las dificultades que enfrentan los adolescentes en su paso por la escuela secundaria, he visto que son ignorados, no son vistos o reconocidos como seres humanos. No hay la atención debida para ellos.

Como docentes tenemos un sinfín de preocupaciones en nuestras escuelas, la mayoría de las veces dejamos en último lugar a los alumnos y la calidad de vida que llevan dentro del salón de clases. Minimizamos su importancia sin detenernos a pensar que el ser humano se construye por una serie de elementos que va tomando a lo largo de su vida. El estudiante es un ser incompleto que aspira a ser reconocido, incluso cuando se encuentra solo; está formado de encuentros que ha tenido con otros. No olvidemos que una de las características de los seres humanos es sentir la necesidad de ser reconocidos ante los ojos de los otros, por ende, el reconocimiento se vuelve parte complementaria de nosotros, buscamos ser tomados en cuenta, buscamos el aprecio de los otros, intentamos –de alguna forma– interesar a los otros en nuestra suerte.

Los profesores nos preocupamos por aspectos mínimos de la experiencia escolar de los estudiantes. Durante la clase nos remiti-



mos a la transmisión de conocimientos sin detenernos a reflexionar sobre la significatividad que tendrá el contenido para el estudiante; en ocasiones nos resulta indispensable la concentración en aspectos de mala conducta, solemos evidenciar aspectos negativos, entonces, a lo largo del ciclo escolar se distinguen los buenos y los malos alumnos. Cada educando –antes de entrar al salón– sabe sobre sus logros o fracasos; sin embargo, éstos se verán enfatizados al entrar al aula de clases y a medida que avance el ciclo escolar.

Los maestros tenemos cada día mayor responsabilidad para con los estudiantes, no basta con impartir cátedra sobre una asignatura, debemos ayudar a que los estudiantes tomen consciencia de su fuerza y sus debilidades. Interesarnos en ellos, animarlos a plasmar sus ideas, sentimientos sobre sí mismos o sobre su entorno, contribuye a reforzar la percepción que tienen de su ser. Lograr que los estudiantes utilicen la redacción como medio de expresión y narren su sentir, su percepción sobre lo que acontece, tal vez los guíe para que sus experiencias adquieran un significado distinto al que ellos aprecian; quizás encuentren el reconocimiento que buscan para darle sentido a su existencia. Los estudiantes necesitan saber que alguien los reconoce. Los adolescentes en este momento requieren un reconocimiento de su grupo de pares, sus seres queridos y en el caso de las escuelas, también de sus maestros. Sólo así su deseo de ser reconocidos quedará satisfecho.